



FEDERICO BARBAROJA PIDIENDO AUXILIO AL DUQUE DE BAVIERA PARA SOMETER Á LAS CIUDADES LOMBARDAS



imperio sus derechos sobre Italia y sus ciudades imperiales; nadie pensará como él en asegurarse al pié de los Alpes su reino de Borgoña y á recoger en el Mediodía Sicilia con el fin de que el Pontificado no pueda oponerle en las futuras combinaciones de la política, ni el Mediodía de Italia, ni el reino de Francia como á otros emperadores; elevándose así en las nubes sangrientas de la guerra universal como una especie de Odoacro, de Teodorico, es decir, como un emperador verdaderamente germánico, que extiende su tutela sobre todos los pueblos, y que somete á vasallaje todas las naciones. Semejante política habia de encontrar un formidable contradictor en la finura, en la delicadeza, en la inspiracion, en la astucia de ese pueblo italiano, que poco á poco, habia consumado una revolucion trascendental, sustituyendo primero á los obispos los condes y luego á los condes los cónsules, para fundar las ciudades mercantiles y municipales, en las que brotaban los gérmenes del trabajo y del comercio, sonaban los arpegios de las artes, resplandecian los albores de la libertad, y llegaban las avanzadas de las democracias reunidas en las nacientes y ya beneficiosas comunidades republicanas que habian de cambiar su faz teocrática y militar á toda Europa. Federico no comprendió aquella revolucion, y en esta ininteligencia estuvo la ruina de todos sus planes y el desastre de toda su política. A los ojos del Emperador aparecian las ciudades como un aspecto mas ó menos extraño del feudalismo y no como un germen de nuevos y sólidos progresos. Y quiso extirparlas. En la insensata extirpacion estuvo su desgracia. Imposible combatir á un tiempo con las ciudades y con el Papa. Este, que veia de mal ojo las pretensiones del Emperador sobre Sicilia, habia de aliarse con las ciudades; y las ciudades, que veian de peor ojo aun las constantes aspiraciones del Emperador á modificar su régimen interno, habian de aliarse con el Papa. Unidos el Papa y las ciudades, no habia victoria posible para el César. Así Alejandro III se elevó á la altura de los primeros Papas; así Alejandría surgió, como una de aquellas ciudades erigidas por los héroes mitológicos, en el Norte de Italia, al pié de los Alpes, sobre el camino de Milan á Génova, contrastando la ciudad imperial por excelencia, Pavía, cerca del Piamonte y no léjos de Toscana, para unir en guerra todas las ciudades; así la liga lombarda se fundó y con la liga lombarda vinieron las primeras legiones de esas Repúblicas que debian



traer, como los héroes griegos, el presente celeste de las artes á nuestra fantasía y el humano derecho á nuestra vida. Federico no tenia mas remedio que aliarse con el Papa ó con las ciudades. Quiso combatir á las ciudades y al Papa, pero fundó sin quererlo y sin saberlo casi la grandeza de la democracia italiana y los cincuenta años de esplendor que aun tuvo el pontificado despues de su muerte. Cuando los legados eclesiásticos fueron á sorprenderle en Francia y á decirle que habia olvidado los beneficios del Papa, uno de sus señores feudales sacó la espada para matarlos. Y sin embargo, no tenian, no, en su diccionario eclesiástico respuesta alguna á estas preguntas. ¿Si el Emperador no guarda la corona por cesion del Papa, cómo, por qué, y en virtud de qué derecho y de qué delegacion la guarda? La espada podia matar al argumentador, pero no romper el argumento. Federico Barbaroja no tenia mas medio de contestar á esta idea que oponer los axiomas jurídicos á los axiomas pontificios. Así como los Papas decian que Constantino llamó á uno de sus predecesores Dios, y que un Dios no puede ser juzgado por los hombres; los Emperadores citaban el derecho divulgado por la Escuela de Bolonia, el antiguo derecho romano, cuyos códigos daban dominio eminente sobre cosas y personas, sobre autoridades y jurisdicciones al Emperador, número y medida y regla de todas las cosas. Así, en realidad, intentaba Federico sobreponer la Alemania imperial, civil, laica, militar, aristocrática que provenia de su régimen autoritario, á la Italia pontificia, republicana, democrática que provenia de la alianza del Papa con las ciudades lombardas. Por esta razon la Alemania le adora y la poesía popular le imagina aun vivo. Cree que aquel hombre, de tez fina y sonrosada como una mujer, de nervios acerados como un guerrero; angélico en su figura, diabólico en sus venganzas; á guisa de legendario Mesías, ha sido perdonado por la muerte; y está en las montañas de Turingia, sobre los hermosos campos que se denominan praderas de oro, con la barba rubia tan crecida que le toca en los piés y la armadura de cruzado tan resplandeciente que deslumbra como el sol de Palestina y evita que se acerquen los cuervos á su cuerpo, el cual montará sobre un caballo blanco, cuando su patria lo necesite, y blandiendo espada de acero y lanza de oro, conducirá, como el Dios de la Biblia sus legiones de arcángeles batalladores, todos los pueblos germánicos á la libertad y á la victoria. Quizás el re-

uerdo de lo que fué su hijo, heredero y sucesor, Enrique VI, contribuyó en primer término á este renombre. Pocos hombres tan crueles recuerda la historia en sus anales. En el año 1191 entró en Roma con ánimo de recibir la corona imperial. Resentido el Papa de ver bajo la dominacion de este joven príncipe las tierras germánicas y las tierras sicilianas, le recibió muy mal, demostrando así que no habia paz alguna posible entre el Pontificado y el Imperio. Cuentan algunos, aunque otros lo niegan, que al dirigirse desde su asiento en la sacra Basílica de Roma hácia la silla pontificia, pudo ver su horóscopo en el hecho siguiente: el Papa, que tenia la corona imperial á sus plantas, le dió un puntapié, y la hizo rodar, para que advirtiese el futuro emperador lo que haria, si le cuadraba, de su dignidad y de su cargo. Lo cierto es que la coronacion se dió á precio de que el Emperador cediera Tusculum, la villa modesta, y sin embargo rival de la ciudad de Roma, al Papa. El Papa la cedió á los romanos. Y los romanos, sujetos á la barbarie propia de estos tiempos, dirigiéronse á su enemiga con presteza; y la sacrificaron sin piedad. A muchos de sus habitantes les arrancaron las manos y los piés, á varios los ojos, á algunos la cabeza. La ciudad quedó abrasada. El viento, que baja de los Apeninos, dispersó aquel monton de cenizas. Y los pocos que á la catástrofe escaparon, reuniéronse mas léjos, para fundar una especie de aldea de cabañas, compuestas con ramas desprendidas de los árboles, y á cuya aldea denominaron por tal motivo Frascati. Y á esta inútil crueldad indirecta del Emperador siguieron otras directas, concebidas con premeditacion, realizadas sin escrúpulo. Apoderóse de Nápoles y de Sicilia; y cuando ya tenia vencido y entregado á su competidor, le arrancó los ojos, y lo cautivó en olvidado castillo de Suabia. El mismo día que cometió este crimen, dióle su mujer un hijo, el cual se llamó Federico II, cuyos descendientes murieron á manos de los verdugos del Papa. Cuéntase que á un napolitano, de quien tenia celos, por creerle amante de su mujer, le ciñó á la cabeza una corona de hierro enrojecido. No pueden referirse todas las bárbaras crueldades que caracterizan estos siglos, no pueden referirse con calma, ni escucharse por hombres de otras edades mas piadosas con paciencia. Sabido es que los clérigos no pueden verter sangre sin quedar tocados de irregularidad en el mismo instante. Pues bien, dicen las crónicas del tiempo